Hace ya casi un año que publiqué el último artículo perteneciente a este especial dedicado a los grandes compositores de cine. El primero de todos fue Clint Mansell, decidí abrir el especial con él porque la banda sonora de Réquiem por un sueño fue la responsable de que me interesase por el mundo de la música en el séptimo arte. Tras él llegaron otros compositores que admiraba del mismo modo por una u otra razón. Bernard Herrmann, el único de la lista que desarrolló su carrera en el Hollywood clásico, de la mano de Alfred Hitchcock principalmente; Alexander Desplat, uno de los músicos más elegantes que he escuchado nunca y que es incapaz de separarse de su piano (excepto en contadas ocasiones); Alan Silvestri, o lo que es lo mismo, cómo hacer llorar al mundo con unas notas musicales. Eso es lo que provocó Silvestri con la OST de Forrest Gump, una maravilla de principio a fin de la que es muy difícil cansarse; James Horner y su Parabará, que hicieron grandes a filmes como Titanic, Braveheart, Aliens o Avatar, y que desgraciadamente ha visto cómo las voces (Céline Dion en un caso y Leona Lewis en otro) muchas veces han eclipsado su magnífico trabajo. El último fue Angelo Badalamenti, un realizador al que decidí incluir en este especial porque comprendí que sin él David Lynch (y quizá también al revés) probablemente no hubiese llegado a la cumbre del cine. Un músico peculiar pero de incuestionable calidad.